9294

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¿QUIÉN ES EL CALVO?

juguete cómico-lírico en un acto y en prosa

LETRA DE LOS SEÑORES

D. ENRIQUE ZUMEL Y D. GABRIEL MERINO

MÚSICA DEL MAESTRO

D. CARLOS MANGGIAGALLI

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

17

¿QUIEN ES EL CALVO?

OBRAS DE GABRIEL MERINO

Novelas

Los polvos de Quiroga.
Las cantonales.
Los cuernos de Lucifer.
La noche de novios.
La serpiente negra.
Amor entre faldas.
Las coquetas.

En prensa

El segundo diluvio.
Los predestinados.

Obras dramáticas

Pescar en seco, comedia en un acto y en verso.
Frutos coloniales, zarzuela, íd., íd.
Curriyo el esquilaor, parodia, íd., íd.
La pequeña vía, revista, íd., íd.
Carambola rusa, zarzuela íd., y en prosa.
La Iluminada, parodia, íd., y en verso.
Timos conyugales, juguete cómico-lírico, íd., íd.
¡Púm!, juguete cómico-lírico en íd, y en prosa.
Juzgado municipal, sainete lírico en íd., íd.
Redoble, juguete cómico en un acto y en prosa.
Los Reyes Magos, bufonada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa y verso.
¿Quién es el calvo? juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, en colaboración con D. Enrique Zumel.

Estas obras véndense al precio de **una peseta** ejemplar en las principales librerías.

¿QUIÉN ES EL CALVO?

juguete cómico-lírico en un acto y en prosa

LETRA DE LOS SEÑORES

D. ENRIQUE ZUMEL Y D. GABRIEL MERINO

MÚSICA DEL MAESTRO

D. CARLOS MANGGIAGALLI

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN el día 15 de Diciembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ,
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES	ACTORES
ADELA	Sra. Espí.
JUANA	Srta. Prado.
MARIANO	Sr. Povedano.
MATÍAS	» Rihuet (F.)
EDUARDO	» Guillén.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ACTO ÚNICO

La escena estará dividida, figurando un gabinete á la derecha y alcoba á la izquierda. Puerta de comunicación en la división. En la alcoba una cama grande con colgadura, que la cubra á su tiempo: tocador, sillas, etc. En la habitación derecha, puerta al foro y lateral derecha; un velador en el centro, sobre el cual habrá dos velas, una encendida. Á la derecha, al lado de la puerta, un gran armario. En la alcoba, entre la cama y el tocador, á la izquierda, una puerta disimulada. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUANA y MATÍAS, en el gabinete de la derecha.

MÚSICA

JUANA.

Vamos, Matías,
estate quieto,
que nos hallamos
en grave aprieto,
porque los amos
pueden venir,
y es un apuro

si estás aquí

MATIAS. Pero siendo, remonona,
la criada más gachona
que hay en esta capital,
es ponerme en grave aprieto
el decir que me esté quieto
pues me pirro por tu sal.

JUANA. Tiempo tenemos
cuando yo salga.

MATIAS. Solo es un día
cada semana.

JUANA. ¡Pues ten paciencia,
qué hemos de hacer!

MATIAS. De todo hay tiempo,
yo bien lo sé.

JUANA. En la Fuente de la Teja
nos podemos divertir,
que allí va lo más florido
de las chicas de Madrid.

MATIAS. Y á compás del organillo,
cojiditos siempre así, (Se abrazan.)
bailaremos con sandunga
la mazurka y el *chotis*. (Bailan.)
Y después de la merienda
que será de gran *menú*,
cojeremos una turca
que le llame á Dios de tú.

JUANA. ¡Qué buenos ratos
se han de pasar!

MATIAS. No me lo digas,
que brinco ya.

JUANA. Y así que cumplas...

MATIAS. Calla, mujer...
también contigo
yo cumpliré.

JUANA. Pero mientras, es preciso
que no vuelvas por aquí.

MATIAS. Pues me *paece* un sacrificio
que no puedo resistir.

HABLADO

JUANA. Vamos, Matías. Ya te he dicho que no puede ser. Estas peligrosas entrevistas es preciso que terminen desde hoy.

MATIAS. ¡Pero Juanilla, no seas asina! ¿Cómo han de saber tus amos?...

JUANA. ¡Sí que pueden descubrirlo! Hoy todo ha cambiado y no debemos exponernos á un disgusto.

MATIAS. Pero chiquilla, ¿á qué se debe este cambio tan repentino?

JUANA. Ya sabes que á mi señora le gustaba divertirse.

MATIAS. ¡Como á mí!

JUANA. Y que su carácter alegre le había conquistado una reputación un poco dudosa.

MATIAS. ¡No, dudosa no! Sin duda tiene mala fama.

JUANA. Yo no sabré decir si esa fama es justificada; pero lo cierto es que lo que ha hecho no la acredita de persona formal.

MATIAS. Pero vamos á ver... ¿El viejo, es realmente su marido?

JUANA. Dicen malas lenguas que es uno de esos viejos calaveras que derrochan su fortuna en aventuras amorosas. Y te advierto que estaba chiflado por mi ama. ¡Valiente disgusto se va á llevar cuando sepa que el pájaro voló! Lo cierto es que mi señora se daba maña para engañar á todo el mundo... Mira... Don Mariano tenía siempre la llave de una puerta excusada que hay allí, junto al tocador, y que daba á la segunda escalera... ¡y si vieses cómo gozaba él en sorprendernos! ¡Y cómo se reía cuando nosotras fingíamos asustarnos!

MATIAS. ¡Vamos, que os divertíais de lo lindo á costa del buen señor!

JUANA. Pues se conoce que mi ama se cansó de él ó no sé qué

pasaría, el hecho es que don Mariano se vió hace poco en la necesidad de marcharse á Sevilla por unos días, y que en cuanto se despidió, mi ama hizo almoneda de todos los muebles, traspasó el cuarto, se despidió de mí dándome una carta para él... y hasta ahora.

MATIAS. ¿Y el viejo, no sabe nada todavía?

JUANA. Aún no ha regresado; pero debe venir de un momento á otro. Figúrate lo que le espera.

MATIAS. ¡Bien pensaba yo que tu ama era muy ligera de cascos!

JUANA. ¡Y luégo se le han arreglado las cosas tan bien!... Anunció la almoneda y vino un joven, muy guapo por cierto; le gustó el cuarto y se quedó con él y con los muebles, todo conforme estaba. No hubo que hacer más que hablar al casero y variar el nombre del inquilino.

MATIAS. Fué una dichosa casualidad para ella el encontrar comprador en esas condiciones.

JUANA. Ese joven estaba para casarse de un momento á otro y le convenía poner casa; de modo que también para él ha sido una comodidad muy grande.

MATIAS. Y por lo que veo, tú has entrado también en el traspaso.

JUANA. Yo quedaba desacomodada al marcharse mi señora, él me hizo proposiciones y yo...

MATIAS. ¡Vamos, que ese señor lo ha encontrado todo de lance! ¡Hasta la criada!

JUANA. Hoy es el día de la boda y desde hoy ocuparán este cuarto. Por eso te he dicho que nuestras entrevistas nocturnas han de terminar. ¿Qué pensarían de mí mis nuevos amos si supieran que en su ausencia?...

MATIAS. No tengas cuidado, mujer. Ya me voy. Pero prométeme que nos veremos por las tardes. Yo vendré á hacerte telégrafos desde la esquina, y te cantaré aquello de «¡Sal, morena, sal; sal á ese balcón!» (Gritando:)

JUANA. ¡Por Dios! calla y vete... es ya muy tarde y... (Campanilla.)

MATIAS. ¡María Santísima!

JUANA. ¿Lo estás viendo? ¡Al fin me habías de comprometer!

MATIAS. ¿Por dónde me escapo? ¿No dices que hay una puerta excusada?

JUANA. ¡Quiá! Si se llevó la llave don Mariano.

MATIAS. ¡Maldita sea!... (Campanilla más fuerte.)

JUANA. ¡Pronto! ¡Escóndete!

MATIAS. ¿Dónde?

JUANA. No sé. ¡En ninguna habitación! ¡La novia puede que quiera ver la casa!

MATIAS. Entonces...

JUANA. ¡Aquí! Yo te abriré en cuanto pueda. (En el armario.)

MATIAS. Pues buenas noches. (Entra en el armario Juana se va con la vela encendida por la primera de la derecha. Matías se asoma por el armario.) ¡Demonio! ¡Aquí dentro se está muy mal! La fortuna, que los recién casados se acostarán pronto. ¡Luz! ¡Ya vienen! (Se encierra en el armario.)

ESCENA II

JUANA, ADELA y EDUARDO, por el foro. MATÍAS, en el armario

EDUAR. ¿Te habías dormido, eh?

JUANA. Un poco.

EDUAR. Ea, ya estás en nuestra casa: acuéstate; tu madre espera abajo en el coche; ya sabes que se ha empeñado en que la acompañe á su casa.

ADELA. Sí, y no ha querido subir á ver la nuestra. Dice que vendrá mañana á verla.

EDUAR. Pues acuéstate mientras voy.

ADELA. ¿Tardarás mucho?

EDUAR. No; y eso que tu madre tiene el mal gusto de vivir en Chamberí. Pero en cuanto la deje en su casa, vuelvo. ¿Me das la llave, Juana?

JUANA. Sí, tome usted. La de la puerta de la calle, es esta; y esta otra, la de la habitación.

ADELA. Pues anda; no hagas esperar á mamá: porque si ella espera ahora, yo esperaré más luégo.

EDUAR. Tienes razón, vida mía. Adiós. Podéis acostaros las dos puesto que me llevo las llaves.

JUANA. (¿Y por dónde va á salir ese?)

EDUAR. ¡Adiós, monona mía! (Abrazándola.)

ADELA. No tardes,

EDUAR. ¡Descuída, vida mía! Vendré pronto. (Juana le acompaña hasta el foro con la luz.)

ESCENA III

ADELA, JUANA y MATÍAS

ADELA. ¿Por qué no habrá querido subir mi madre? ¡Vaya un capricho! El cuarto no me disgusta.

JUANA. ¡Ah! Es que es muy bonito. Verá usted. Esta es la alcoba tocador de la señora. (Pasan á la izquierda.)

ADELA. ¡Muy linda! ¡Y el tocador está bien provisto!

JUANA. Esta puerta conduce á una escalera excusada: mis antiguos amos la usaban mucho.

ADELA. ¡Esto es raro! ¡Una escalera excusada en una alcoba!

JUANA. Le diré á usted: antes que vinieran á la casa mis antiguos amos, tenían este cuarto los dueños de la tienda de géneros de abajo, y por esa escalera se comunicaban desde aquí con la tienda.

MATIAS. (Entreabriendo el armario.) ¿No hay nadie? ¡Pues señor, me voy á divertir! Esto está lleno de libros... Si estoy aquí mucho tiempo salgo hecho un sabio. Exploremos el campo... (Va á salir y ve á Juana y Adela.) ¡Caspitina! ¡Qué están ahí!...¡A la gazapera, Matías! (Entra en el armario y cierra.)

JUANA. Hace pocas noches quisieron robar la tienda, y desde entonces en cuanto se apaga la luz y se cierra la puerta de la calle, sueltan un perro enorme en el patio adonde da la escalera escusada.

MATIAS. (Aparte.) ¡Nada! No veo trazas de que me saquen de aquí. ¡Bonita noche voy á pasar!

JUANA. Las habitaciones interiores son muy espaciosas. Verá usted. (Coge la luz y guía á Adela pasando á la derecha.)

ADELA. Nos entretendremos viendo la casa mientras vuelve Eduardo.

JUANA. Pase usted por aquí. (Entran por la puerta de la derecha del gabinete. La escena se queda á obscuras.)

ESCENA IV

MARIANO por la excusada de la izquierda; MATÍAS, en el armario

MÚSICA

MAR.

Después de haber tomado
mil precauciones,
me encuentro ya en el nido
de mis amores.
Soy un pillín,
soy un pillín,
calaverilla siempre
desde chiquitín,
¡já, já, já! (Riendo.)
Nos llaman viejos verdes
la insulsa pollería,
como si algo valieran
los pollos hoy en día.
Y mientras ellos hacen
el oso al por mayor,
y escriben billetitos,
y miran á un balcón,
nosotros los amantes
de edad madura,
no llega á seducirnos
tal chifladura.
Y reservadamente
y en un cuartito,
tenemos cada uno
nuestro arreglito.
Soy un pillín... etc.

II

Como no tengo nada
de apuesto y retrechero,
es claro que me suele
costar muy buen dinero;
pues todas las mujeres
son caras hoy en día,
y no aguantan de un viejo
ninguna monería.
Porque en vez de billetes
de amores puros,
prefieren papelitos
de veinte duros.
Y tienen las ingratas
tarifas tales,
que sale cada abrazo
por tres mil reales.

—

Soy un pillín,
calaverilla siempre
desde chiquitín.

HABLADO

MAR. Al llegar de Sevilla he querido venir á sorprender á mi paloma ¡Esto es lo que se llama un asalto en toda regla! ¿Cómo me ha de esperar á estas horas? Las sorpresas son mi encanto. ¡Poquito que me voy á divertir! (Pausa.) ¿No hay nadie?

MATIAS. (¡Si yo pudiese encontrar una salida!)... (Sale á tientas; al dirigirse á la puerta de comunicación, enciende Mariano una cerilla.) ¡María Santísima! ¡El marido! (Se vuelve al armario.)

MAR. ¿Eh? Ese ruído... ¡Ah, vamos!... Están ahí... sí; me parece que oigo la voz de Juana... ¡Sorpresa completa! Me voy á meter en la cama... ¡Já, já! Ya me estoy riendo del susto que se va á llevar Elisa!... Así... (Empieza á desnudarse quitándose la levita y las botas.) Ya vienen... (Se oculta en la cama con las colgaduras.)

ESCENA V

DICHOS, JUANA y ADELA

ADELA. ¿Conque dices que tu señora era tan alegre de cascos?

JUANA. ¡No se puede usted figurar! ¡Tenía cada lío! ¡Siempre traía dos ó tres al retortero! (Pasan á la izquierda. Adela se sienta y Juana se dispone á quitarla el velo y los adornos.)

MAR. (Desde la cama.) ¿Quién será esta señora?

ADELA. ¡Pues valiente chasco se va á llevar ese señor cuando vuelva de Sevilla!

MAR. (¿De qué habla?)

JUANA. Y crea usted que es una mala acción, porque don Mariano la quería mucho.

ADELA. ¿Pero él no sabe nada?

JUANA. ¡Quiá! Se marchó hace dos semanas y á los tres días de marcharse anunció doña Elisa la almoneda.

MAR. (¡Pero qué dicen, Dios santo!)

JUANA. Y como ustedes se quedaron en seguida con el cuarto comprando los muebles, la cosa se despachó muy pronto y doña Elisa pudo marcharse tranquilamente antes de que don Mariano llegara á enterarse de nada.

ADELA. ¿Y no se sabe dónde ha ido?

JUANA. Presumo que estará viajando por el extranjero con un lord inglés que estaba perdidamente enamorado de ella.

MAR. (¡Pero esto es horrible!)

ADELA. ¿Y dices que ese señor utilizaba mucho esta puertecita? (Señalando á la excusada.)

JUANA. Como que él se ha llevado la llave. Era muy aficio-

nado á las sorpresas, y esta afición nos ha evitado más de un disgusto; porque muchas veces, mientras don Mariano entraba por aquí, salía el inglés por la otra puerta. Mi señora se reía como una tonta.

MAR. (¡Infame!)

ADELA. Pues para nosotros ha sido una gran ventaja encontrar esta habitación amueblada. Mi mamá quería que desde la iglesia nos metiéramos en el tren para pasar nuestra luna de miel en Italia. Pero Eduardo se opuso diciendo... Quiero estar tranquilo en mi casa un mes por lo menos. Después ya veremos: y firme en su propósito, se dedicó á buscar casa con tan buena suerte, que sin molestias ni mudanzas y con menos gastos, estamos instalados aquí lo más cómodamente posible.

MAR. (¡Estoy en la habitación de unos recién casados! ¡Dios mío! ¿Dónde me he metido yo?)

JUANA. Ya no tardará mucho el señorito.

ADELA. No debe tardar, pero puedes retirarte... Yo le esperaré.

JUANA. De ningún modo.

MAR. (Si me ve el marido, me revienta.)

ADELA. Sí, retírate; ya te llamaré si haces falta.

JUANA. Si usted lo desea... (¡Matías debe estar desesperado!) ¡Buenas noches... descansar!

ADELA. Adiós, buenas noches. (Juana deja una vela encendida sobre el velador y se lleva otra.)

JUANA. (¡No hagas ruído; yo te sacaré pronto!) (Al pasar por el armario.)

MATIAS. (Entreabriendo.) (¡Pero mujer, por Dios!)

JUANA. ¡No me comprometas!

MATIAS. ¡Escucha! (Queriendo salir.)

JUANA. ¡Silencio! (Cierra y da un portazo.)

ADELA. ¿Qué es eso, Juana? (Desde la alcoba al oir el ruído.)

JUANA. ¡No es nada, señorita; es que he tropezado! (¡Dios mío, qué compromiso!) (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

ADELA, MARIANO y MATÍAS

ADELA. Como tarde mucho, me voy á aburrir. . ¡claro!... Vive mamá tan lejos... Si tuviera algún libro... ¡Ah! Eduardo me ha dicho que en el armario había una buena colección de volúmenes... voy á ver si encuentro. (Coge la luz y pasa á la otra habitación.) Está cerrado... ¿quién tendrá la llave? (Procura abrir.) Aquí hay unos periódicos; veamos. (Coge uno de sobre la mesa y lee.)

MAR. Esta es la ocasión de salir, sí, corramos... ¿pero dónde habré dejado yo mi levita? (Busca á tientas.) ¡Ah! Aquí está. (Se la pone.) Ahora me falta una bota... á ver si por aquí... (Deja caer una silla.) ¡María Santísima!

ADELA. Ese ruído... ¿Quién anda ahí? ¡Ah! ¡Vamos! ¡mi esposo ha querido sorprenderme haciendo uso de la puerta excusada; y eso que decía que no tenía la llave! ¡Veamos!... (Coge la luz, y pasa á la otra habitación Mariano se esconde tras de la puerta, y al pasar Adela da un soplo á la luz. Obscuridad completa.) ¡Ay... Socorro!

MAR ¡Si ésta chilla, me compromete! (Alto y procurando desfigurar la voz.) No te asustes, hija, soy yo.

ADELA. ¿Cómo has vuelto tan pronto?

MAR. Pues ahí verás... el amor me ha dado alas para volver á tu lado.

ADELA. Pero esa voz... parece que no es la tuya...

MAR. (¡Atiza!) (Alto.) Me he acatarrado, hace mucho frío... y luégo la fatiga por venir corriendo...

ADELA. Enciende la luz.

MAR. (¡Un demonio, enciendo yo!) (Alto.) Estoy buscando las cerillas.

ADELA. Voy á llamar á Juana.

MAR. ¡No, por Dios!... (Transición.) ¡No; no la molestes!

ADELA. ¿Pero dónde estás?

MAR. (En la torre Eiffel quisiera yo estar ahora.)

ADELA. ¿No me escuchas?...

MAR. Sí, hija; si estoy aquí. (Y á todo esto, sin encontrar el sombrero.) (En la obscuridad y caminando los dos con los brazos abiertos, se encuentran, chocan y abrazan.)

ADELA. ¡Gracias á Dios!

MAR. (¡Que Dios no me tome en cuenta este abrazo!)

ADELA. ¡Parece que huyes de mí!

MAR. No, hija... ¡qué he de huir!... pero estas malditas cerillas.

ADELA. ¡Si vieras qué largo se me ha hecho el tiempo!

MAR. ¡Lo creo! Y á mí también.

ADELA. Oye; tengo que contarte una cosa muy chusca. Esta casa se amuebló con los cuartos de un pobre señor, á quien han engañado luégo como á un chino. ¡Já, já, já!

MAR. (¡Á quien se lo viene á contar!)

ADELA. Y lo más gracioso, es que el pagano está fuera.

MAR. (¡Qué más quisiera él!)

ADELA. Figúrate cuando venga y se encuentre conque el pájaro ha volado. ¡Já, já, já! ¿Pero no te hace gracia?

MAR. ¡Ya lo creo, mucha, muchísima! ¡Já, já, já! Aquí está. (Encuentra la bota y se sienta á calzarse.)

ADELA. ¿El qué?

MAR. No. Creí que había encontrado la caja de cerillas.

ADELA. ¿Pero dónde te has ido? (Buscándole, tropieza con la cabeza de Mariano.) ¿Qué es esto? ¡Ah! (Tira y le arranca la peluca.)

MAR. ¿Que has hecho? ¡Me has arrancado la cabeza; digo, la peluca!

ADELA ¡Ah! ¿Pero eres calvo?

MAR. Sí, hija; aunque me esté mal el decirlo.

ADELA Lo que está mal, es el callarlo. Debías haberme confesado ese defecto. (Tira la peluca que cae encima de la cama.)

MAR. Qué quieres, hija... me daba vergüenza.

ADELA. Pero, ¿de qué te quedaste así?

MAR. De un susto.

ADELA. ¡Pobrecito... tan joven y ya calvo! ¡Já, já, já!

MAR. (Esta señora me está tomando el pelo.)

ADELA. ¡Vaya, Eduardo! Esto no puede continuar; parece que estamos jugando al escondite. Llama á la doncella, ó enciende la luz. Parece que estás como asustado, intranquilo, nervioso. ¿Es que le ha pasado algo á mamá?

MAR. No, hija, tranquilízate.

ADELA. Desde que has entrado, ni una frase de amor, ni una palabra cariñosa... ¡Cuando digo que estás muy extraño!

MAR. (¡Nada! Que tengo que hacerla el amor por todo lo alto para que no se incomode.) Tranquilízate, vida mia; la emoción, la satisfacción...

ADELA. ¡No se concibe tu indiferencia!

MAR. ¿Mi indiferencia? ¡Ingrata, sabiendo cuánto te amo! ¡Ven acá... á mis brazos! (¡Dios mío, si vuelve el ma! rido!) (Siguen hablando.)

MATIAS. (Asomando por el armario.) Ya no se oye nada. Juanita no viene para sacarme de aquí, y yo me largo sin esperarla. Cuando menos ganaré la escalera. Por aquí... si tropiezo y me sienten, caigo en la trampa como un ratón. ¡Animo y la Magdalena me guíe! (Sale por el foro y vuelve en seguida precipitadamente.) ¡Siento pasos por ahí fuera! ¡A la gazapera, Matías! (Se encierra en el armario.)

ESCENA VII

DICHOS y EDUARDO; luégo JUANA

EDUAR. Ya estoy de vuelta. ¡Pobrecita esposa, qué aburrida estará! Pero es particular. No hay luz en ninguna parte. (Sale Juana por la derecha.)

JUANA. Esta es la ocasión de sacar á Matías. La señora apagó la luz. Se habrá acostado. (En la obscuridad tropieza con Eduardo.) ¡Aquí está! ¡Vete, por Dios!

EDUAR. ¿Que me vaya?

MUSICA

MAR. No dudes, hija mía,
la noche está muy fría

y yo estoy amagado
de pulmonía.

ADELA. La voz se te ha cambiado,
y estás, esposo amado,
sin duda con el frío
muy constipado. (Siguen hablando por lo bajo.)

JUANA. Ven por aquí,
baja la voz,
porque si nos sorprenden,
es un conflicto atróz.

EDUAR. No sé quién es,
¿qué pasa aquí?
me dicen que me vaya,
ignoro con qué fin.

ADELA. Estamos á obscuras
como dos malvados.

MAR. Pues como traigan luces,
estoy aviado.

JUANA. (Aparte á Eduardo.)
Márchate y no vuelvas.

EDUAR. (Ap.) ¡Qué barbaridad!
¡Pues vaya una noche
que voy á pasar!

MAR. (Ap.) Lo importante es que pronto
salga yo de aquí.

EDUAR. Este enredo es necesario
que ahora mismo tenga fin.
Busquemos las cerillas.

MAR. Tropiezo con las sillas.

JUANA. (Aparte á Eduardo.)
Camina de puntillas.

MATIAS. (Ap.) Me duelen las rodillas.
(Eduardo enciende un fosforo.)

JUANA. (Viendo á Eduardo.)
¡El señor! (Mutis, rápido por la derecha.)

EDUAR. ¡Horror!

MAR. ¡Terror! ¡furor! (Metiéndose bajo la cama.)

HABLADO

EDUAR. ¿Pero qué pasa aquí? ¡Adela! ¡Adela! (Gritando.)
ADELA. ¿Qué ocurre? No grites. (Eduardo pasa á la alcoba.)
EDUAR. ¿Pero por qué estabas á obscuras?
ADELA. Tú lo sabrás. ¿Por qué me apagaste la luz?
EDUAR. ¿Que yo te he apagado la luz?
ADELA. ¡Es claro!
EDUAR. ¡Qué ha de ser claro, si llego ahora mismo!
ADELA. ¿Ahora mismo?
EDUAR. ¿A quién quería despedir Juana?
ADELA. ¿Pero no eres calvo?
EDUAR. ¿Qué es eso de calvo? Este es el juego de los despropósitos. (Siguen hablando.)
MATIAS. Llegó la ocasión. (Saliendo del armario.) Sea como quiera, yo no espero la gresca. (Al irse á marchar tropieza con una silla. Eduardo oye el ruído.)
EDUAR. ¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Aquí hay un hombre! (Viéndole.)
ADELA. ¡Socorro!
EDUAR. (Á Matías.) ¡Alto, miserable!
MATIAS. ¡Me pescaron!

ESCENA VIII

DICHOS y luégo JUANA

ADELA. (Este será el calvo. ¡Qué vergüenza!)
EDUAR. ¿Quién es usted?
MATIAS. Matías Redaño, de la cuarta del segundo.
EDUAR. ¿Qué hacía usted aqui?
MATIAS. Pues...
EDUAR. ¡Pronto!
MATIAS. Pues hacía... tiempo para marcharme.
EDUAR. ¿Cómo ha entrado usted aquí?
MATIAS. ¡Por la puerta!
EDUAR. ¿Pero á qué?
MATIAS. Eso no puedo decirlo.
EDUAR. ¿Cómo que no?

MATIAS. Me lo veda el honor de una doncella.

EDUAR. ¿Qué dice usted?

MATIAS. Que no debo comprometerla.

EDUAR. ¡Una doncella! Juana sin duda.

MATIAS. Yo no quería nombrarla; pero ya que usted lo ha adivinado... Soy su novio y he venido esta noche á despedirme.

ADELA. (Aparte.) ¡Pues nada! Este es el calvo que se equivocó de habitación. ¡Y yo que la he abrazado! ¡Qué vergüenza, Dios mío! (Durante este diálogo, Mariano sale de debajo de la cama con gran precaución, indica por señas que aquella es la ocasión de marcharse; se ríe de la gresca que sostienen en el otro cuarto; se pone el sombrero, se arregla y sale por la puerta secreta de la izquierda.)

EDUAR. (Llamando.) ¡Juana! ¡Juana!

MATIAS. No la regañe usted. Yo tengo la culpa de todo.

EDUAR. ¡Juana! ¡Juana!

JUANA. (Saliendo.) ¡Dios mío! ¡Matías!

EDUAR. ¿Quién es este hombre?

JUANA. Pues... yo no sé...

EDUAR. ¿Que no sabes? ¡Entonces este miserable ha mentido!

MATIAS. Dí la verdad, mujer; *lo sabe todo*, como en las comedias.

JUANA. Pues bien. Este es Matías, mi novio... ha venido á verme y la llegada de ustedes ha impedido que saliera.

ADELA. ¡Pues mira que es capricho tener un novio calvo!

MATIAS. ¿Qué dice usted?

JUANA. Mi novio no es calvo, señorita.

EDUAR. ¡Pero hija, esta noche todos se te antojan calvos! Tú has soñado sin duda.

ADELA. Si eso después de todo no es un defecto; lo que hay es que no debías habérmelo ocultado.

EDUAR. Vaya, quieres *tomarme el pelo*, como vulgarmente se dice.

ADELA. No, hijo; la peluca en todo caso.

EDUAR. Te autorizo para que veas que esto es auténtico. (Presentándole la cabeza.)

ADELA. ¿A ver? (Da un tirón de pelos á Eduardo.)

EDUAR. ¡Ay! ¡No tires tan fuerte!

ADELA. Pues es verdad. Entonces el calvo es este otro.

MATIAS. No señora. También me presto á la prueba. Véase la clase. Tire usted fuerte. (Presenta la cabeza.)

ADELA. ¡Dios mío! Pues entonces, ¿quién es el calvo?

EDUAR. ¿Pero qué calvo?

ADELA. ¡El de la peluca!

EDUAR. ¿Qué peluca?

ADELA. ¡El del catarro!

EDUAR. Pero ¿quién está acatarrado?

ADELA. ¡Ay, Eduardo! ¡En casa hay un ladrón! (Muy asustada.)

MATIAS. ¡Caracoles!

JUANA. ¡Ay! Puede que sean más. Quizá los mismos que hace unos días quisieron robar la tienda de abajo.

ADELA. Por lo menos uno ha estado en ese cuarto. (El de la izquierda.)

MATIAS. ¡Ay, es verdad! ¡Sí señor! ¡Yo lo he visto! ¡Encendió una cerilla y yo creí que era su esposo!

EDUAR. ¡Caspitina! ¡Pues esto es muy grave!

JUANA. Señorita, estoy temblando de miedo. ¡Pediremos socorro!

EDUAR. ¡Serenidad! ¡Registremos la casa! Yo tengo aquí un revólver.

MATIAS. ¡Pero yo no tengo nada!

EDUAR. Tome usted este bastón que tiene estoque. (Dándole el que sacó á la salida.)

MATIAS. Lo tomaré, aunque...

EDUAR. ¡Desenváinelo usted por si acaso!

MATIAS. ¡Si esto parece un asador!

EDUAR. Alumbra, Juana: vamos á ver la alcoba.

JUANA. Alumbraré desde la puerta: yo no entro.

ADELA Ni yo. (Pasan Eduardo delante; detrás Matías con miedo; Adela y Juana con la luz, muy asustadas, se quedan en la puerta.)

EDUAR. No se ve por aquí nadie. (Registrando.) Veamos la cama. (Corre las cortinas.) Alguien ha estado acostado aquí. ¡Qué es esto! ¡Cielos! ¡Una peluca!

ADELA. ¡La del calvo!

EDUAR. ¿Qué significa esto? ¿Pueden los ladrones venir á dejar pelucas en mi cama?

MATIAS. Á mí me suelen echar pelucas los jefes; pero en la cama no me las dejan nunca.

EDUAR. ¡Dónde estará el miserable!

MATIAS. Señor, la puerta está abierta. (Señala por donde salió, que la dejó abierta al irse.)

EDUAR. ¡Ah, por aquí se ha ido! (Se oye ladrar un perro.)

JUANA. ¡Ay, señor, los ladrones están en esa escalera y los embiste el perro de la tienda!

EDUAR. Voy á ver...

ADELA. ¡No, Eduardo! No salgas; atranca esa puerta.

MATIAS. Sí, más vale eso. ¡Dios sabe cuántos serán!

EDUAR. ¡Suben por aquí precipitadamente!

ADELA. ¡Ay, Dios mío!

MATIAS. ¡María Santísima!

JUANA. ¡Qué será de nosotras! (Se presenta Mariano sin sombrero y en un estado desastroso.)

MATIAS. ¡Socorro!

JUANA. ¡Ay! (Da un grito, tira la luz y vase.)

ADELA. ¡Socorro! (Desaparece con Juana.)

EDUAR. ¡Alto, ó te levanto la tapa de los sesos! (Apuntando á la puerta.)

MATIAS. ¡Y estamos á obscuras! ¡Ah, los fósforos! (Saca las cerillas y enciende la vela que dejó caer Juana.)

MAR. ¡Por Dios! No dispare usted. Mire que soy un desgraciado. Cerremos esta puerta, no venga ese demonio de perro. ¡Mire usted cómo me ha puesto! Me ha mordido en esta pierna.

EDUAR. ¿Quién es usted?

MAR. ¡Un pobre hombre!

EDUAR. ¿Cómo viene usted por esa escalera? ¡Usted ha estado en este cuarto!

MAR. No lo recuerdo.

EDUAR. ¿Cómo que no? Usted es calvo.

MAR. Hace mucho tiempo.

EDUAR. ¿De quién es esta peluca?

MAR. Esa.. peluca...

EDUAR. ¡Es de usted!

MAR. Pero si...

EDUAR. Confiéselo, ó... (Apuntándole.)

MAR. ¡Sí es verdad, es mía!

EDUAR. ¿Cómo estaba en mi cama?

MAR. Porque era mía.

EDUAR. ¿La peluca?

MAR. Y la cama.

EDUAR. (¿Será este hombre loco, ó lo finge?) ¿Por dónde entró usted en este cuarto?

MAR. Por esta puerta. Venía á mi casa. Pero, ¡oh Dios mío!

EDUAR. Explíquese usted inmediatamente. ¿Á qué ha venido usted aquí?

MAR. Óigame usted con calma; me explicaré... si puedo. Yo soy Mariano González; el amo de esta casa.

EDUAR. ¿Cómo el amo de esta casa?

MAR. No del edificio: fuí el inquilino de este cuarto. Vine de Sevilla; tenía la llave de esa puerta; pensé sorprender y fuí sorprendido!

EDUAR ¡Conque pensó usted sorprender! ¿Y á quién?

MAR. ¡Á una mujer infame!

MATIAS. ¡Puede que diga verdad, señor!

EDUAR. ¡La llave de esta puerta!

MAR Está en la cerradura.

EDUAR. ¡Bien! ¡La quito! (Guardándosela.) Ninguno de los dos saldrá de aquí hasta que me asegure de la exactitud de su relato.

MATIAS. ¿Pero yo, qué culpa tengo de nada? ¿No ha dicho ya Juanita quién soy yo?

MAR. ¡Es verdad! Juanita me conoce. Ella le afirmará que yo no he mentido.

EDUAR. Ahora lo veremos. ¡Adela! ¡Juana! (Llamando.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ADELA y JUANA

ADELA. Aquí estamos.

JUANA. ¿No hay ya peligro?

EDUAR. ¡No, venid, que hay que aclarar muchas cosas!

ADELA. ¡Yo tiemblo todavía!

JUANA. ¡Y yo!

EDUAR. ¡Venid! ¡Ven, Juana, ven! ¿Conoces á este señor?

MAR. Habla, Juana, ¿me conoces?

JUANA. ¡Toma! ¡Si es el señor don Mariano!

EDUAR. ¿Don Mariano?

JUANA. Mi amo anterior.

EDUAR. Corriente: usted, márchese en seguida por la puerta principal; ésta la haré tapiar. (Á Mariano.)

MAR. ¿Pero dónde voy yo sin sombrero y con esta facha? (Señalando la levita sin faldón.)

EDUAR. Yo le prestaré un sombrero y un gabán. ¡Tú, á la calle! (Á Matías.) Y nosotros, al amanecer, al tren.

JUANA. ¿Y yo?

EDUAR. ¡A la calle! ¡No quiero criadas que introduzcan novios en casa!

JUANA. ¡Pero señorito!...

ADELA. ¡Vamos, yo intercedo por ella!

MAR. ¡Y yo!

MATIAS. Y yo prometo no poner aquí los piés.

EDUAR. ¡Bueno! Pues te quedarás al cuidado de la casa hasta que volvamos.

JUANA. ¿Pero se van ustedes?

EDUAR. ¡Ya lo creo! A Sebastopol.

MAR.
Sin andarse en más reparos,
sólo un rato de soláz
ha querido el autor daros;
si ha conseguido agradaros,
dadle un aplauso y en paz.

FIN

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacio	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.